

0659. Nuestro Rey

Hay en la Biblia una relación, de suma importancia, sobre la unción de David en Hebrón como rey de Israel. Dios lo había escogido hacía muchos años, en sustitución de Saúl. Pero la vida de David había sido hasta el presente muy azarosa. Al principio fue fulgurante, cuando, matado con la honda el gigante Goliat, salían las muchachas bailando y cantando:

- *¡Saúl ha matado mil, y David ha liquidado a diez mil!*

Era como decir: el próximo rey será David. Y le entraron los celos a Saúl, que, de amigo, se convirtió en enemigo implacable.

Llega un momento en que David, después de una vida de guerrero valiente y estratega magnífico, consulta a Dios:

- *¿Debo ir a alguna ciudad de Judá?*

- *Sí; vete a Hebrón.*

Allí se establece David, que desde Samuel había recibido la promesa de que un día llegaría a ser el rey de todo el pueblo. Primero le ungen como rey los hombres de Judá, y en Hebrón reinará siete años. Muerto Saúl, llegan los hombres de las diez tribus de Israel, que le dicen:

- *Somos como huesos tuyos y carne tuya.*

- *¿Qué queréis decirme con esto?*

- *Que tú, aunque viviera todavía Saúl, nos guiabas antes como jefe nuestro. Ahora, ha llegado el momento de que se cumpla la palabra del Señor sobre ti, pues te dijo: Tú apacentarás como un pastor a mi pueblo; tú serás el rey de Israel.*

Subido a Jerusalén, allí reinará treinta y tres años, completando, con los siete de Hebrón, cuarenta años de reinado sobre el Pueblo de Dios (2Samuel 5,1-5; 1Crónicas 11,1-3; 2Samuel 7,1-7; 1Samuel 16,1 y 13)

Pero, esto será nada más que un signo: a David le promete Dios darle en uno de sus descendientes un reino eterno. Cuando llegue el momento, dirá el Angel a María:

- *El hijo que vas a tener será grande; Dios le dará el trono de David, su antepasado; reinará para siempre sobre Judá, y su reinado no tendrá fin* (Lucas 1,32-33)

Jesús será Rey. ¡Pero será un Rey tan distinto del que soñaban los judíos de su tiempo!...

Nos basta ver cuándo y cómo Jesucristo es proclamado por los demás, y cómo se proclama Él mismo como Rey, para darnos cuenta de que va a ser y es un Rey muy especial.

- *Mi reino no es de este mundo*, le dice a Pilato, el cual, le pregunta a su vez:

- *Entonces, ¿tú eres rey?*

- *Sí; yo soy rey.*

La investidura de semejante Rey es muy original. Los hombres lo hacen todo por burla, pero Dios convierte esa burla en el acto más sagrado y solemne. Herodes, un miserable reyezuelo, acaba de echarle encima una vestidura brillante y vieja, para decirle que es un rey loco... Los soldados brutos, se han dicho:

- *¿Que éste es el rey de los judíos? ¡Pues, vamos a coronarlo!*

Y le ciñen una corona de espinas, de modo que Pilato lo muestra así al pueblo:

- *¡Mirad al hombre! ¡Mirad a vuestro Rey!...*

Y hace colocar en el patíbulo de la cruz la causa de su condena a muerte:

- *Jesús Nazareno, el Rey de los judíos.*

Está claro, que nuestro Rey Jesús es un Rey muy especial. En vez de empezar su reinado —conquistado con su propia sangre— aplastando a sus enemigos, lo primero que hace es perdonar:

- *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.*

Y al ladrón, que le confiesa como Rey desde su propia cruz, le promete con gozo inmenso:

- *¡Hoy, hoy mismo, estarás conmigo en el paraíso!...*

Porque su reino va a ser esto: un reinado de amor, de perdón, de santidad, de paz. Y el premio que dará a los suyos, al final de todo —acabada la guerra contra todos los enemigos de Dios—, será hacerles participar de su propio Reino en una gloria inacabable:

- Venid, benditos de mi Padre, venid al reino que os está preparado desde la creación del mundo.

La Biblia entera, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, proclama continuamente al Mesías o al Cristo como Rey de todas las cosas.

La Iglesia lo ha reconocido mejor que nadie, y modernamente ha instituido la Fiesta de Jesucristo Rey para recordar a todos los pueblos que tienen un Soberano con autoridad suprema sobre todas las naciones. Pero no hay que temerlo. Como canta un himno de Navidad ante la matanza de los Inocentes, les dice la Iglesia a todas las palabras dirigidas a Herodes: *No quita los reinos de la tierra el que a todos da el Reino de los Cielos.*

Jesucristo es Rey para salvar. Si lucha, no es sino contra Satanás, para arrebatarse su imperio y arrancar de sus garras las almas que lleva a la perdición. Y Jesucristo se las arrebató para salvarlas a todas.

Los cristianos somos súbditos fieles del Rey de reyes. Y estamos comprometidos a ser los dispensadores de su paz, de su perdón, de su amor. Ahora, nos toca la lucha de cada día, e ir teñidos en sangre, como nuestro Rey en el pretorio de Pilato y en la cruz. ¿El día de mañana?... nos tocará ceñir corona de oro y manto de púrpura, como Jesucristo, el Rey inmortal de los siglos...